

# Gente del Oro que

— IX —

En nuestro país somos atrozmente provincialistas. Cada Estado desarrolla una cantidad prodigiosa de esa fuerza de inercia que se llama provincialismo. En Yucatán adquiere la forma de epidemia, como la langosta de sus campos. Oh!!! Esos Peniche, Penichet y Penichillo de la yerma Península; esos Baranda de Campeche; esos Vallarta de Jalisco; esos Altamirano de Guerrero y ese Chavero del Distrito Federal. Oh!!! Esas estrellas que fulguraban en el Zenit de la mexicana Mérida; esos peces dorados de la rada de Campeche, más precuculentos que los del acuario de Lúculo; ese tequila tapatio más delicioso que el vino de Palermo; y esos plátanos de Guerrero, de pulpa fencarnada; y esos tamales de puerre apetitosamente confeccionados en el Distrito Federal.....

El diputado, literato o senador yu-

cateco, como todos los yucatecos, tiene la cabeza infaliblemente cuadrada, cabeza maya y grande, tallada á hacha, única en su conformación craneológica, genérica en cuanto á que es la adaptación de una forma, de un tipo, en toda una especie. La fantasía del artista no puede imaginarse lo que es la cabeza de un yucateco, sin haber visto un yucateco. Podrá trazar líneas bizarras, dilatar ó constreñir el ángulo facial, reflejar con el pincel cráneos inverosímiles, hasta fósiles, si así queréis, pero nunca sospechará los perfiles sorprendentes de una cabeza yucateca..... ¡imposible!

El que estudia conoce á todos los yucatecos: el Sr. Patricio Nicoli, es el prototipo. La literatura le seduce, la maledicencia le enamora, la política le arrastra. Escribir un folleto sobre el sistema electoral yucateco le es tan sencillo como murmurar mal de su prójimo. La forma de gobierno no le importa. Lo mismo sirvió al Imperio

al lado de S.º Formás Mejía en Matamoros, que ahora defiende la República ó la dictadura con cualquiera que esté en el poder. Su inteligencia es flexible y no rebelde al criterio científico. Su concepción cerebral es rápida y múltiple, y su sensibilidad imaginativa extremadamente exquisita. El Sr. Patricio disfruta de uno de los privilegios de su casta: es la resistencia física a la progresión del tiempo. Un yucateco es adolescente a los treinta años, joven a los cincuenta, viril a los sesenta y viejo nunca..... ¿lo entendéis?..... jamás!

Pero esa impunidad temporal tiene sus pequeños inconvenientes: los yucatecos carecen de niñez, porque de niños son de una precocidad diabólica..... Se cuenta que los párvulos yucatecos, cuando maman, hacen coquillas eróticas en el casto seno de sus nodrizas.....

Si el suelo de Yucatán fuese menos ingrato, los yucatecos constituirían hoy

una especie de República Veneciana (sin agua por supuesto) con sus Duxes de cabeza cuadrada y mirada fulminante..... Porque los Yucatecos, á pesar de la sonoridad de apellidos, tienen una sonoridad más ~~bellante~~ vibrante aún, la del provincialismo. Son los Cartagineses del Yucatequín.

Una familia campechana es la que más se aproxima a la familia yucateca: un campechano se parece tanto a un yucateco, como un aguacate a otro aguacate. El vecino de Campeche es menos dado a la política; pero cuando Dios nuestro Señor le llame por ese camino, se mete hasta la empuñadura. No sé si amigos míos ó de mi presidencia, pero yo tuve dos amigos campechanos: Pedro y Joaquín Barayda. Este Sr. Pedro era uno de esos personajes teatrales

11  
y agudos, que sólo se encuentran ya,  
¡ay! en las viñetas que adornan la  
Historia de Federico de Prusia. Sin ha-  
berse hallado en ninguna batalla, tenía  
el título de General; y lo que es más te-  
mito aún, el de ~~saliente~~ Gezaba nom-  
brado de ser espiritual causeur, de  
hacerse andar y de hermosa estampa.  
El otro Baranda - don Joaquín - aunque  
menos festivo que el hermano, marchaba  
en línea paralela con sus aspiraciones (las  
del hermano): las de hacer de Campeche  
una tierra clásicamente barandánica.

Pocos días después de la precipitada  
fuga del Sr. Díaz en los campos de  
Ykamok, me decía el magnífico D. Pedro  
Espolando las alfombras de Palacio:

Si V. me autoriza, Sr. Lerdo, yo  
me comprometo a traerle la cabeza de  
Don Porfirio Díaz.....

- No se moleste Ud., General, basta  
con que me traiga las orejas.....

Al día siguiente de la acción de Epatlán  
decíame el mismo Sr. Baranda:

- Desearía irme para Campeche, Sr. Presidente.....

- Pero el revolucionario Díaz avanza por  
Oaxaca, General!

- Precisamente: yo quiero batirlo por agua.

- Bien; no olvide V. traer la cabeza!

- Las orejas, Sr. Presidente; las orejas.....

- Bien, hombre, bien, lo q. sea a V. menos  
molesto. Y desapareció sonando las es-  
puelas.

Uno de los dueñecillos familiares  
de Palacio en 1873-74 era D. Alfredo  
Chavero. En los círculos literarios ha-  
bía conquistado fama de dramaturgo:  
en los círculos científicos de arqueó-  
logo y anticuario; en los círculos políticos  
de estadista profundo; en los círculos  
forenses, de eminente letrado; y en todos,  
de hombre superior, de esos que se

Saben imponer con la violencia siempre agradable del talento. Entre las cualidades que le atribuían y su estructura física, observaba yo una ausencia total de analogías: aquel cuerpecillo de Sauccho indicaba un espíritu rumbón y dicharachero, brutal, cínico, más como de ingenio que de maldad. Luego, esos labios gruesos y sensuales, era nariz pequeña y humeante, aquellos ojos medrosos... Vade retro... Las pasiones de aquel hombrecillo, deberían ser convulsiones cerebrales: la grandera de sus oídos servía de compensación a la exigüidad de su cuerpecillo. Como todas las medianías dotadas de cierta audacia, había cultivado todos los géneros sin descollar en ninguno. Al teatro, más que una obra, había llevado una Medusa: a la tribuna subía sólo para lanzar un sarcasmo; a la prensa llevaba su contingente

Cuotidiano de diatribas constitucionales ..... Pero era perversa naturaleza, estaba avasallada, como Rey Sargal, por un amor..... era algo como el gusano enamorado de la Jostrelta.

Me lo decía el Sr. Ministro de la Guerra: - "La caja de rapé del Sr. Chavero ha hecho más mal al Gobierno legítimo que todas las hordas y los cañones de Fuxtepec."

Explíquese U, Sr. Mejía.  
 - Mis carreres... etabas de bombas!  
 ¿No sabe Ud. que el Sr. Chavero viene a oler para estornudar? Todo lo que eye y ve en el Ministerio va y lo des-embucha a D. José M. Yglesias!

Esa tardía revelación, ¿era una insidia de D. Ignacio? Prefiero ignorarlo; pero en verdad, con el sistema expansionista de nuestros gobiernos, esa

clase de infidencias parecen inevitables. Los intrigantes viven donde hay intrigas y éstas se desarrollan donde existe un partido o pandilla en rebelión abierta con la ley. No es esta una apreciación paradójica: nuestro mecanismo administrativo es personal; formando los amigos y no las leyes. El que no es nuestro servidor es nuestro enemigo. He aquí la base fundamental de los poderes latinos.

Por lo demás, el Sr. Chavero, para asesinar a su prójimo teóricamente, era de una ferocidad singular (quiera el cielo que yo no lo sea). Y confieso que en la gimnasia de la lengua no reconocía más superioridad que la de Juan José Barz (Q. D. N. S. F. I. E.) Su Santa Gloria.

El dramaturgo Sr. Chavero me odiaba con predilección: se odia reconocer un origen enteramente lite-

riano. Una noche de Febrero de 74, un hombre de petite taille y envuelto hasta las orejas en negra y gruesa capa, con el ademán misterioso de un personaje fantástico de Hoffmann, se llegó hasta mí diciéndome lígubremente:

— Don Sebastián! Vengo a hablar con Ud. de un asunto grave y reservado.....

¿Están cerradas todas las puertas?

— Lo están

— ¿Nadie nos interrumpe?

— Nadie! ni una mosca, ni una pulga. Entonces el emborazado se descubrió era Don Alfredo Chavero! Después, nerviosamente, comenzó a hojear un manuscrito.

Alguno idolo exhumado, pensé yo.

— "La tempestad de un beso" (leyendo)

— ¿Qué dice Ud.?

— Que el título de mi obra es: "La tempestad de un beso"

— Nombre, muy bonito!

— ¿Le parece a Ud. Sr. Herdo?

Ya lo creo: sobre todo lo originalísimo.  
Yo he visto tempestades en el cielo,  
tempestades en el amor y hasta tempestades  
en un vaso de pulque; pero tempestades  
en un beso..... qué originalidad!

Pues bien, (solemnemente) vengo para  
leer a Ud. mi drama. El Dr. Pereda dice  
que es digno de Calderón.....

+ Siéntese mucho, pero no tengo tiempo.....

Entonces, Sr. Pereda, permítame V. que  
sea el primer acto..... dos horitas escasas!

— Me es imposible, Sr. Chavero.

¿Mi argumento? Voy a referírselo  
a Ud. en dos palabras: "La sobrina de  
una tía se enamora de un primo; el  
primo del primo se enamora de la  
sobrina. el tutor interviene y se  
casa con la maizana de la  
discordia. Los dos primos se batan  
y mueren los dos. La tía de la  
sobrina muere de pena. la sobrina  
sucumbe también al dar un beso

al sobrino no. 1" Qué trama tan  
sencilla y qué argumento tan conmove-  
dor, ¿no es verdad, Sr. Presidente?

¡Soberbio! solamente que.....

— ¿Qué?

— ¿Yo mataría también al tutor.

— ¿Pero cómo?

— Quemando el drama.

Ver el amor propio de un  
autor, ya sea Victoriano Sardou o Sixto  
Casillas, es peligroso, endiabladamente  
peligroso. En esta clase de conflictos hay  
que tener siempre a la memoria las  
Homilias del Obispo de Granada, corre-  
gidas por Gil Blas de Santillana.